

CAMINO

Una guía para la oración



POR
Pablo Marti

Índice

Un poco de coordenadas para introducirse en el libro

Un manual de uso

1.º «Lee despacio estos consejos»

2.º «Medita pausadamente estas consideraciones»

3.º «1) Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre. 2) Y estas confidencias las escucha Dios»

1) CONFIANZA

2) Contemplación: «Y estas confidencias las escucha Dios».

4.º «No te contaré nada nuevo. Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera...»

CORAZÓN, HERIDAS DE AMOR.

5.º «y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor. Y acabes por ser alma de criterio»

Pablo Marti

CAMINO
UNA GUÍA DE ORACIÓN

www.opusdei.org

© Copyright Opus Dei

Un poco de coordenadas para introducirse en el libro

Pablo Marti

Camino es un libro incómodo. Pero no te quiero desanimar desde el principio. Quiero desafiarte, porque su tradición es tan extensa, que vale la pena volver a sus orígenes.

Lo primero, el título. “Camino” es camino de oración y camino de amor. El camino de la vida espiritual, conocerse a sí mismo y conocer a Jesús.

El propio Jesús nos dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Y en el libro se lee: «Cruz, trabajos, tribulaciones: los tendrás mientras vivas. —Por ese camino fue Cristo, y no es el discípulo más que el Maestro» (*Camino*, n. 699).

Otros muchos puntos hacen referencia al “camino” o a “tu camino”. El camino para unirnos con Cristo. El camino para la santidad. El camino de la vocación cristiana. Y, en última instancia, el camino es Cristo mismo.

En una ocasión, san Josemaría escribió: «Soy muy amigo de la palabra camino, porque todos somos caminantes de cara a Dios; somos *viatores*, estamos andando hacia el Creador desde que hemos venido a la tierra. Una persona que emprende un camino, tiene claro un fin, un objetivo: quiere ir de un sitio a otro; y, en consecuencia, pone todos los medios para llegar incólume a ese fin; con la prisa suficiente, procurando no descaminarse por veredas laterales, desconocidas, que presentan peligros de barrancos y de fieras» (San Josemaría, *En diálogo con el Señor*, n. 68).

La riqueza y la actualidad de Camino, de su texto y de su mensaje, es asombrosa. Leído por millones de personas, de culturas muy diferentes, cada una de sus 999 unidades tiene vida propia, y contextos y circunstancias muy diversos. Realmente son «trozos de vida», puntos de luz, originados bajo la verdad del evangelio.

Sus palabras tienen algo que decimos porque conectan con los afanes -luces y sombras- de este tiempo nuestro. Camino habla de personas reales, tal y como son, hablan, piensan y sienten aquí y ahora: su mensaje sigue hablando a la gente de hoy.

El hombre moderno hace continuamente la dolorosa experiencia de la división y la soledad. Cansado de la deriva que le arrastra, quiere vivamente hacer la experiencia de la unidad y de la comunión: consigo mismo, con el mundo que le rodea y con Dios, aunque a veces ese mundo que ha de amar apasionadamente se presente como una amenaza.

Con este clamor de la humanidad de ahora y de siempre conecta el mensaje humano y cristiano de Camino, que no ofrece un diagnóstico teórico sino una orientación en el mismo plano de realidad donde el hombre pierde y gana su vida.

Camino se dirige a cualquier ser humano que espera, vive, piensa y sufre en el mundo, para hablarle de su vida como un destino que no es trágico porque está encaminado por una Providencia; para hablarle de su existencia completa como una unidad de propósito; para hablarle, en fin, del curso de su historia terrena como la totalidad de un movimiento creativo hacia la plenitud.

La “imagen del cristiano” propuesta en Camino se encuadra en torno a tres ejes: la primera es el mundo y la vida cotidiana de la persona, en su dinamismo positivo, contemplado en la cercanía y bondad de Dios; la segunda es la primacía de la acción de Dios, de la gracia de la oración y la interioridad, que en el libro se expresa, ante todo, como vivencia sencilla y natural de la filiación divina; la tercera confiere a la vocación cristiana los rasgos de una vocación esencialmente apostólica en el mundo, todos tenemos una misión especial en la vida.

Un manual de uso

La oración es el camino que nos acompaña en la vida para alcanzar esas tres verdades sobre nosotros, Dios y el mundo. Como san Juan Pablo II afirma que san Josemaría es un “maestro en la práctica de la oración”, quiero aprovechar el prólogo del libro como una guía, un manual de uso, una serie

de pasos con los que san Josemaría invita a recorrer para adentrarse en el camino de la oración.

«Lee despacio estos consejos.

Medita pausadamente estas consideraciones.

Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre. Y estas confidencias las escucha Dios.

No te contaré nada nuevo. Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor.

Y acabes por ser alma de criterio».

1.º «Lee despacio estos consejos»

Dice el filósofo Leonardo Polo que «pensar es pararse a pensar». Pues, rezar es pararse a rezar.

Despacio es una referencia al recogimiento, al silencio. ¡Qué difícil es tener una conversación por teléfono si no hay cobertura suficiente! Todos tenemos esta sencilla experiencia: no se escucha lo que dice uno y el otro sí (“¡hola!, se escucha”...), o se oye entrecortado y no se entiende. Pasa el tiempo, es frustrante y lo mejor es colgar y volver a empezar, por si ahora funciona.

El silencio, el “despacio” es la cobertura para hablar con Dios y con nosotros mismos. Como antes no había móviles, san Josemaría describe el silencio así:

«El silencio es como el portero de la vida interior» (n. 281); «Procura lograr diariamente unos minutos de esa bendita soledad que tanta falta hace para tener en marcha la vida interior» (ibid., n. 304).

Leer es una actividad espiritual: dar paso al espíritu.

No podemos ir a la velocidad que nos marca el mundo digital. La atención del conocimiento y del amor requiere un ritmo más pausado. Con espacio para pasar de los sentidos al espíritu.

La lectura implica abrirse a una Palabra, a un mensaje distinto del yo. El mundo interior debe hacer referencia a un más allá de yo mismo. En este sentido, la oración es posible porque Dios tiene un mensaje, una Palabra, un diálogo dentro de Sí mismo. Y además ha enviado esa buena noticia y nos ha hecho partícipes de ella. En este sentido, la oración es siempre una respuesta a la iniciativa divina, a la presencia de Dios.

Una película reciente de ficción, que analiza las emociones de una adolescente, afirma que el motor de su vida es esta afirmación: “¡No vales lo suficiente!”. Este pensamiento lleva a esforzarse al máximo, siempre más, sin estar nunca satisfecho y contento con lo que se hace. La vida cristiana está llamada a crecer y siempre se puede mejorar. Pero el esfuerzo no está marcado por el “no vales lo suficiente”, sino por “vales toda la sangre de Cristo”. Es decir, tienes todo el amor del Padre, y eres totalmente libre para responder con amor al Amor. Este es el mensaje que nos dirige Jesús. Y necesitamos escucharlo: leerlo despacio.

2.º «*Medita pausadamente estas consideraciones*»

Meditar implica usar todas las herramientas interiores: deseo, imaginación, sentidos, inteligencia, voluntad, corazón. Esta movilización es necesaria para profundizar en la fe, suscitar la conversión del corazón y fortalecer la voluntad de seguir a Cristo. Pero no conviene olvidar que la meditación no es algo solo accesible a superdotados o a aquellos con una extraordinaria capacidad de concentración: la oración es una sincera relación de amor. Un niño puede orar mejor que un sabio.

Y de nuevo pausadamente: sin prisas. Es decir, sin esperar el resultado inmediato. Esto supone un reto, porque todos esperamos la respuesta del *WhatsApp*, el *like* del *Instagram*, o la reproducción del *Tiktok*. Y si no llega o se queda colgado el video, ¡qué inquietud!

La meditación es algo mucho más desafiante. Es una búsqueda. Y no de algo, sino de alguien. No simplemente el juego de buscar a Wally. Sino de encontrar a Dios y a nosotros mismos. «Quería recomendar a mi amiga un punto concreto, pero no recordaba el número. ¡Y es el que estaba escrito en

el señalador!: “Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo”» (n. 382).

El cristiano busca comprender el para qué de su vida. O como sugiere el Papa Francisco: el para quién de mi vida. Y el cómo la estoy viviendo hoy, ahora, con el deseo de conocer y responder a lo que el Señor me pide.

En un primer momento, suele predominar la actividad de la inteligencia que intenta profundizar en la verdad cristiana y poner a la persona ante el misterio de Cristo. Meditar lo que se lee, dice el Catecismo, conduce a apropiárselo confrontándolo con la propia vida, y pasar de los pensamientos a la realidad. Con ayuda de la humildad y la fe personales, se descubren y disciernen los movimientos que agitan el corazón.

En este paso, suele intervenir más la voluntad y con ella toda la parte afectiva del ser humano. Desde la verdad actual de mi vida (lo que con sinceridad vemos que hay de bueno y de malo), descubrir la voluntad de Dios para mí (lo que mi vida debe ser realmente) y ponernos a realizar eso que Dios quiere y que yo soy.

Este ponernos a realizar eso que somos en la oración implica en primer lugar el deseo de cambiar y de ser como Dios quiere; después la decisión de nuestra voluntad de conformarnos a la voluntad de Dios para nosotros; luego el propósito, normalmente pequeño, de comenzar a poner por obra esa decisión profunda de nuestra voluntad en un aspecto concreto y puntual de nuestra vida.

Todo esto, y es lo más importante, sabiendo quienes somos: nuestra miseria y nuestra grandeza. Pero sobre todo con quién estamos: Dios que es nuestro Padre, Jesús el Hijo de Dios y el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios en nosotros. De este sabernos delante de Dios surgen los distintos actos de oración: la adoración y la alabanza, el arrepentimiento, la acción de gracias, la petición.

La oración cristiana se aplica a meditar los misterios de la fe, preferentemente la vida de Jesucristo. Pero la reflexión debe ir más lejos: hacia el conocimiento del amor del Señor y a la unión con Él.

Se trata de alimentar la inteligencia para desde ahí profundizar en el conocimiento de sí (nuestra verdad de ser hijo de Dios en medio del mundo)

y de Dios. Desde la inteligencia hay que llegar a la voluntad: para aceptar y amar esas verdades que vamos descubriendo o percibiendo con mayor profundidad, conformándonos a la voluntad de Dios en la vida de cada día. Este ejercicio continuo, a partir de la inteligencia y de la voluntad, penetra en toda la realidad de la persona: deseos, emociones, ilusiones, dificultades, etc. Y lleva a la unión cada vez mayor de nuestra vida con la vida de Dios: el cristiano en Dios y Dios en el cristiano.

En definitiva, como nos enseña la experiencia de los santos: «“Orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?” —¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerte: “¡tratarse!”» (n. 91.).

La oración es ese hablar con Dios de toda nuestra vida y de su Vida; conocerse a uno mismo (nuestra verdad de hijos de Dios y nuestras circunstancias personales, familiares y sociales: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, etc.) y conocer a Dios cada vez con mayor hondura; tratarse siendo cada vez más conscientes de la cercanía de Dios, de que la vida cristiana es la vida escondida con Cristo en Dios, de que Dios nos ama y nosotros podemos amar a Dios.

3.º «1) Son cosas que te digo al oído, en confianza de amigo, de hermano, de padre. 2) Y estas confianzas las escucha Dios»

1) CONFIANZA

El autor de Camino, San Josemaría, tiene una presencia muy viva de Dios en lo ordinario. Dios no vive allá arriba, donde las estrellas.

“Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando” (n. 267).

Con la naturalidad y la sencillez de un niño, vive y anima a vivir el misterio central del cristianismo: Dios Padre, a través de la humanidad de Cristo y de María, por la acción del Espíritu Santo.

Por eso su oración y sus palabras son directas: muy humanas y sencillas, para nada sofisticadas. La vida de cada día, con muchos episodios normales y cotidianos, pero llenos de Dios.

Por eso la clave de su mensaje es CONFIAR en Dios. La fe es creer en el amor que Dios nos tiene. Lo explica Benedicto XVI citando a san Juan en el comienzo de la encíclica *Deus caritas est*: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».

La oración es la puesta en práctica de esa fe: la relación amigable, íntima y confiada con Dios. Y tiene como fruto la confianza en uno mismo y la confianza en los demás.

Y, por tanto, el vivir en verdad. La oración es un vivir en la propia casa, en la verdad profunda del corazón, en el fondo del alma: ilusiones, sueños, deseos, afectos, amores. Que hoy día están tapados y no salen a la luz, por los deseos, afectos y miserias más mediocres y superficiales, pero que impiden llegar a la identidad profunda de cada uno. Bucear con Dios en el propio corazón: “conocerTe y conocerme” (San Agustín).

2) Contemplación: «Y estas confidencias las escucha Dios».

Vivir desde ahí: desde el corazón lleno de fe que lleva a la adoración y alabanza, la acción de gracias, el perdón y arrepentimiento, la petición por todos y todo. Vivir como alma contemplativa.

La contemplación es el nivel más profundo de la relación con Dios a la que debemos llegar los cristianos. El culmen de la oración cristiana: rezar (oración vocal), meditar (oración mental) y vivir (presencia de Dios continua) contemplando.

Y, a la vez, su realidad más sencilla: mirar a Dios y saber que nos mira, manteniendo esa presencia intensa de Dios en todo momento y actividad. Pero, como lo sencillo en el ámbito espiritual es lo más perfecto y rico, no es fácil abarcarlo en conceptos.

La contemplación es diálogo del hijo con su Padre Dios.

Un hijo que se sabe amado por su Padre y de manera infinita, y que quiere corresponder amando más todavía. Pero dándose cuenta de que el amor para llegar a Dios, a la unión con Dios, sólo puede ser un amor sobrenatural, un don gratuito por encima de las capacidades del ser humano. Un amor que es el mismo Espíritu-Amor de Dios derramado en el corazón del cristiano. La contemplación es la percepción de esta realidad maravillosa del ser cristiano. Puedo amar como Dios porque Dios está en mí. Puedo amar como Dios y unirme cada vez más íntimamente a Dios, a su voluntad de Padre, porque cada vez me voy uniendo más profundamente a Cristo, hasta el punto de convertirme en otro Cristo, el mismo Cristo.

La contemplación es crecimiento o perfeccionamiento de la fe.

La fe nos hace dirigir el pensamiento hacia Dios y descubrir la maravilla de su ser y de su presencia en nosotros. La fe es mirar a Dios y pensar en Él continuamente, manteniendo una amistad habitual con Él, hablando con Él en nuestros corazones a lo largo de todo el día. Contemplar a Dios es descansar en el pensamiento de Dios olvidándose de uno mismo.

«La oración expresa todos los sentimientos del corazón». La contemplación no es una operación meramente intelectual. El pensamiento de Dios lleva a amar, esperar, alegrarse, admirar, honrar, adorar.

Toda una serie de actos que engloban la entera realidad humana. En dichos actos participamos ya en cierto modo de la bienaventuranza, porque nuestro corazón puede descansar y estar satisfecho con la posesión de Dios. La contemplación no es sentimiento, ni actividad, ni conocimiento: es amor que abarca todo.

La contemplación cristiana es conocer amando y amar conociendo en honda y vital compenetración. Mirar-contemplar a Dios y saber que nos mira-contempla: saber la presencia y cercanía de Dios, que lleva a amarle, y al deseo-necesidad de saber y amar, más -es decir, no sólo en momentos puntuales sino habitualmente, a lo largo de toda la jornada- y mejor.

Y amar a Dios, pero también a ese mundo al que Dios ama. Amor a Dios y amor al prójimo forman una unidad inseparable. Esta unidad, en una persona situada en el mundo, implica no sólo amor interior sino obras de

amor, amor manifestado en obras. Las obras de una persona que se guía según una inteligencia cristiana -iluminada por la fe en Cristo, por la manera de ver Cristo la realidad- son obras que expresan el amor a Dios y a los hombres, no quedan fuera de esta noción de contemplación.

En consecuencia, contemplación y acción se presentan como actitudes entre las que no sólo no hay incompatibilidad, sino que se complementan y reclaman.

4.º «*No te contaré nada nuevo. Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera...*»

CORAZÓN, HERIDAS DE AMOR.

No se trata de buscar cosas nuevas fuera de nosotros, sino de adentrarnos en nosotros porque ahí está todo: Dios y yo y los demás. Para referirse a esto, los místicos (expertos en la oración) hablaban de *la herida*, la herida de amor.

Camino a veces es muy directo y pretende en cierto modo “herir”. Fíjate lo que dice Irina (Almaty, Kazajstán):

«Uno de los primeros libros de san Josemaría que leí fue Camino. Y mi primera reacción fue sentir miedo. Para mí, como filóloga, era extraño ver tantos imperativos directos: ¡Piensa! ¡Trata! ¡Actúa! ¡Sufre! ¡Ten paciencia! ¡Trabaja! ¡Hazlo! ¡Dilo! ¡Lucha! ¡Pruébalo! ¡No te olvides!

Además, el autor se dirige al lector tuteándolo. Esto me parecía demasiado directo y categórico. Y no me gustaba el modo en el que se decían las cosas como echándolas en cara, de modo fuerte: “eres cobarde”; “ya es hora de que rechaces esa extraña compasión que sientes de ti mismo”, “la humillación y la vergüenza”, “no olvides que eres... el depósito de la basura”, “tu mayor enemigo eres tú mismo”.

Comencé a pensar y a releer el libro una y otra vez; y empecé a sentir cómo una mano firme me guiaba en el camino, con firmeza, con decisión y confianza. El estilo literario de la obra ya no me parecía tan categórico y

duro, sino que comencé a pensar que hacía falta hablar así a las personas que quieren tomarse en serio la vida».

Herida viene del latín “vulnera”. Hoy cuando se habla de amor, se habla mucho de “vulnerabilidad”. Es decir, elegir amar significa elegir hacerse vulnerable (“herible”) en lo más íntimo y verdadero de uno mismo. La oración busca eso: atravesar las capas más superficiales de nuestra vida hasta llegar al corazón; y ahí, abrir la puerta a Jesús, al Padre, al Espíritu Santo, para que se paseen con nosotros a sus anchas.

El amor hiere porque provoca una presencia y una ausencia, una alegría y una pena. Por momentos estamos muy muy bien, como nunca. Pero, a la vez, estamos muy muy insatisfechos, porque deseamos cada vez con mayor intensidad amar más y ser más amados.

En el fondo, es en la oración donde descubrimos quiénes somos de verdad. Nuestra indigencia (pobreza, miseria, mendicidad) y riqueza.

A lo largo de la historia de la salvación, Dios se muestra siempre en la indigencia o debilidad de los hombres. Aunque pensamos que Dios se muestra en nuestra fortaleza, la realidad como dice el Papa Francisco es que Dios actúa incluso a través de nuestra debilidad, como la Misericordia que todo lo cubre (Cfr. *Patris corde*, 2).

En realidad, la oración surge de la necesidad, de la indigencia personal del ciego que quiere ver. ¿No somos cada uno de nosotros ciegos, y tullidos, y sordos, para lo importante?

De esa necesidad vital, unida al deseo de felicidad que mueve nuestra existencia, nace la pregunta verdadera. Una pregunta que, para superar la apariencias de nuestra superficie, precisa de la pausa, del silencio, del recogimiento:

- Yo, ¿tengo todo lo que deseo/quiero? O me falta lo importante: el amor, la pureza, la entrega, etc.; y
- Yo, ¿deseo/quiero lo que tengo? Mi imagen, el éxito profesional, estos zapatos, etc.

- Luego, seguir: ¿Cómo desear lo que vale la pena desear y no lo falso? ¿Cómo tener de verdad lo que quiero tener y no lo falso?
- Puede darme a Dios, puede explicarme quién soy yo y puede alcanzar que viva como soy.

Pero precisamente, cuando llego al fondo de mi debilidad, encuentro mi riqueza, mi verdad, mi salvación. Sólo Dios puede darme eso, sólo Jesucristo puede salvarme.

Esto es la oración: no un ejercicio raro, sino buscar con Dios la verdad de la vida y amarla. Pero la verdad profunda, no lo superfluo. Vivir desde el corazón.

5.º «y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor. Y acabes por ser alma de criterio»

Mejores tu vida. ACCIÓN.

Y caminos de oración y de Amor. AMOR.

Y ser alma de criterio. PERSONALIDAD. UNIDAD DE VIDA.

Los actos de la oración: petición, arrepentimiento, acción de gracias, alabanza y adoración.

La oración realiza un cambio, una mejora. Como toda conversación, si es verdadera y auténtica. Piensa en conversaciones que te han llenado: con tu padre o tu madre, con un amigo o una amiga, con alguien más mayor o más joven. El cambio se produce en la misma conversación. También en la oración, sólo que aquí la conversación es con Dios. El pedir perdón de verdad, o el pedir ayuda para nosotros o para alguna persona querida, el dar gracias por las cosas grandes de nuestra vida y por las pequeñas, el reconocer la grandeza y la bondad de Dios... Todos estos actos de la oración nos llenan y nos mejoran desde lo más íntimo de nuestra verdad. Y cuando algo nos sienta bien, nos gusta, nos disponemos a seguir experimentándolo: sigue por ese camino de oración y de Amor.

Camino, desde su primera línea hasta la última, trata de esto. «Que tu vida no sea una vida estéril» (n. 1). «Enamórate y no le dejarás» (n. 999). Vive tu vida a tope, desde ya. Tanto si eres joven o mayor, lo que importa es el ahora, el presente, el hoy. Verdaderamente: carpe diem!, aprovecha al máximo este momento.

Cristo lo llena todo en sus páginas, pues Cristo es el Camino del hombre; y el fondo del hombre -su corazón- se esclarece a la luz de la Verdad de Cristo y se inflama con el Amor de Cristo. De ahí el impulso que el libro provoca hacia una vida humana plena, inseparable de las exigencias -quizá olvidadas o dormidas- de la vida nueva de los hijos de Dios. Vida Sobrenatural, Fe, Caridad, La Virgen, Santa Misa, La Iglesia, Oración, Mortificación, Comunión de los Santos, etc: lo genuino de la llamada a vivir como cristiano.

Camino habla del encuentro con el Evangelio, es decir, con la Vida y la Palabra del Redentor, con el mundo sobrenatural que suavemente, sin estridencias, con impensable naturalidad, se hace presente en las cosas ordinarias de cada día. El impacto de aquel espíritu de Vida en la vida de las personas hace brotar la reflexión, la experiencia, el elogio, la advertencia, el fuego de la entrega, la frialdad de la negativa, el compromiso abrazado, el consejo, la alabanza a Dios, la sincera manifestación de incapacidad, de dificultad o de miseria, la petición de ayuda, el ánimo de unas palabras, el impulso a la fidelidad, la apertura de insospechados horizontes...

«¡No hay más amor que el Amor!» (n. 417). Este es el clamor que resuena en cada punto de Camino, y que hiere dulcemente la conciencia: el compromiso del Amor. A través de él laten al unísono el corazón de Cristo y el del cristiano; la Libertad amorosa de Dios y la libertad agradecida de la criatura; la acción del Espíritu y la correspondencia del cristiano a la gracia.

San Josemaría percibió el hambre tan grande que existe en el mundo: el hambre de sentido y de verdadera libertad, el hambre de purificación interior, el hambre de comprensión y amistad que se ocultan, frecuentemente, tras las fachadas blanqueadas en nuestras bellas sociedades. Vio que su tarea era mostrar un camino hacia una felicidad profunda y duradera –un camino hacia Cristo–, y sembró la palabra de Dios a voleo. Así se convirtió en un maestro espiritual, y este maestro aconseja al

lector con sus 999 flechas que se meta «por caminos de oración y de amor» para llegar a ser un alma «de criterio». Le ofrece, en otras palabras, un camino de amor hacia la madurez cristiana que se consigue en el trato con Dios.

«Espéralo todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. —Él obrará, si en Él te abandonas» (n. 731).

Son palabras autobiográficas, como comentaba años después: «Ha pasado el tiempo, y aquella convicción mía se ha hecho aún más robusta, más honda». La esperanza del cristiano es lucha, y abandono en Dios. Seguridad y certeza del fin, junto con la íntima convicción de que es necesario poner cuantos medios estén a su alcance. En definitiva, virtud de caminantes que se saben cercanos a la meta, aunque aún falten largos tramos por recorrer y muchas batallas por pelear.

[Volver al inicio](#)